

APÉNDICE XVII

FRAGMENTOS DE UN EVANGELIO APÓCRIFO TARDÍO

I

Esta es la historia verdadera de la vida, muerte y resurrección del judío *Yeshua*, *Yoshua* o *Yehoshua*, conocido después como Jesús el Mesías o Jesús el Cristo, que nació en Belén (*Bet lehem*) de Judea, según algunos, o en Nazaret o Nazará (*Nasrath*) de Galilea (*ha'Galil*), conforme otros (aunque también hay quien sostiene que en aquel tiempo Nazaret no existía aún), cuando César Augusto era emperador de Roma y Herodes el Grande reinaba en Judea, y que murió crucificado en Jerusalén (*Yerushalayim*) en tiempos del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilatos (*Pontius Pilatus*) era el prefecto romano (que no procurador) de Judea (*Praefectus Judaeae*). Era hijo de una mujer llamada María (*Miriam*), casada con un hombre llamado José (*Yosseph*).

Sobre su nacimiento se difundieron en el tiempo diversas versiones: a) que era hijo natural (primogénito) de José y de María y que tuvo al menos cuatro hermanos y algunas hermanas; b) que era el primogénito de María y que sus hermanos y hermanas eran en realidad medios hermanos resultado de un matrimonio previo de José, o incluso c) que era hijo de María sin la participación de varón alguno en virtud de una intervención divina; d) que era hijo de María producto de una violación llevada a cabo por un soldado romano llamado o apodado *Panthera*. Es muy posible que esta última versión haya surgido como una especie de antídoto anticristiano a la penúltima, aunque es un hecho que en vida misma de Jesús se expresaban dudas sobre la legitimidad de su nacimiento. Aunque el año de su nacimiento es incierto, siendo lo más probable que haya sido entre el 6 y el 4 a. C. (y de ninguna manera posterior al 4), se puede conjeturar que ocurrió durante un mes de

octubre: Zacarías era sacerdote del grupo de Abías, cuyo turno para el ejercicio de sus funciones tenía lugar hacia julio; su esposa Isabel concibió a Juan el Bautista en ese tiempo; la Anunciación a María (concepción de Jesús) tuvo lugar en el sexto mes del embarazo de Isabel (enero); a un embarazo normal de nueve meses de duración correspondería el nacimiento en octubre. Según la tradición, Jesús vivió la mayor parte de su vida en Nazaret y, como José, se dedicaba a la carpintería y a otros oficios afines.

Nada más se sabe con certeza de su vida durante todo el tiempo transcurrido –más de 30 años– entre su nacimiento y su incorporación al grupo de discípulos de un hombre extraño llamado Juan (*Yohanan*) que tenía fama de profeta. Urgía éste a la conversión radical y bautizaba en el Jordán. Hubo quienes dijeron haber escuchado que Jesús había vivido un tiempo en Egipto (tal vez en contacto con los *therapeutae* que allí residían), otros decían que parecía que había estado vinculado a una comunidad de esenios que vivía en Qumrán en las orillas del Mar Muerto, o a otra que residía en el monte Carmelo. Eso mismo, por cierto, se dijo también del profeta que bautizaba en el Jordán. Hoy las opiniones se dividen entre aquellas de los que lo designan “Jesús de Nazaret” o “Jesús Nazareno (*Nadsarênos*)” (con el mismo significado toponímico) y los que lo nombran “Jesús Nazoreano (*Nadsôraios*)”, “Jesús el Nazoreano”, “Jesús Nazoreo” o “Jesús el Nazoreo” (con un significado, quizá sectario y vinculado a los esenios, referido a la consagración a Dios, *nazir*). Pocas décadas después de su muerte, estos términos, que significaban al parecer dos cosas muy distintas, comenzaron a emplearse casi indistintamente, y se creó así mucha confusión.

Lo aquí escrito se apoya en una cuidadosa revisión de los mejores testimonios disponibles y en las más rigurosas investigaciones sobre lo relatado, pero quiera el que todo lo sabe que sobre todo se encuentre fundado en la inspiración –que no induce a error– brindada por el Espíritu, invocado con humildad y confianza para el efecto. Quiera la fuente de toda bondad, sin cuyo sustento nada ocurre y para la cual nada es imposible, que tanto cristianos como judíos como budistas, y en general los hombres y mujeres de buena voluntad del mundo todo, encuentren en estas páginas un mensaje pleno de significación, esperanza y aliento al que puedan en paz y tranquilidad otorgar su aceptación...

Sólo así...

Sólo así podemos intentar
responder a tu pregunta
sabiendo bien

que de cualquier modo
habremos de fracasar

Ha venido rebotando
de generación en generación
—ochenta de ellas—
hasta llegar a nosotros:
“¿Quién dicen ustedes que *yo soy*?”

(Ya lo dijiste)

Te respondemos como podemos
narrando fragmentos
de un apócrifo tardío
tardío e inexistente
queriendo creer
atreviéndonos a esperar
que de alguna manera
en él sopla el viento
al mismo tiempo
que nos sabemos insensatos

Lo haremos generando un modelo
un dispositivo hermenéutico
(un *ser-cómo*)
mediante el cual
interpretaremos
los contenidos cristológicos fundamentales
de la fe cristiana

Lo generaremos
con apoyo en:
la filosofía de la discursividad
y la psicología profunda
teniendo como datos:
la historia (el “Jesús histórico”)
y el hecho del misticismo
Ambicionaremos un resultado aceptable
para todos los hombres y mujeres
de buena voluntad

y exigiremos, además
que resista el supuesto
de vida racional extraterrestre

No podríamos no interpretar
aun cuando sólo una instancia
(ante la que inclinamos la cabeza
en señal de asentimiento)
sea la única autorizada
para interpretar:
no podríamos no interpretar
las interpretaciones de esa instancia
(lo aprendimos de Heidegger)

II

En el principio era el *Logos*
y el *Logos* estaba con Dios
y el *Logos* era Dios
y todo se hizo por el *Logos*
y sin el *Logos*
no se hizo nada de cuanto existe
en el *Logos* estaba la vida
la luz de los racionales
que ha iluminado, ocultamente
a todo ser humano
que ha venido al mundo

SÍ, EN EL PRINCIPIO ERA EL *LOGOS*...
(Indicación metatemporal)

SÍ, EL *LOGOS* ESTABA CON DIOS...
(Indicación metaespacial)

SÍ, EL *LOGOS* ERA DIOS...
(Indicación metaontología)

...

SÍ, ÉL ERA LA LUZ VERDADERA
QUE ILUMINA A TODO HOMBRE

QUE VIENE AL MUNDO...
(Indicación metafundamental)

Y, sí, apareció en el desierto
un hombre llamado Juan...

En forma semejante a la que en el primer libro de la *Torah* se relata que Dios creó el mundo en seis días, dedicando el séptimo al descanso, Jesús explicaba su propia historia en términos de tres días que hizo corresponder a su vida, a su muerte y a su resurrección. Ocasionalmente, se refería también a un día cero; nadie lo entendía cuando lo hacía. Tampoco entendían las referencias que hacía a la resurrección de su persona en el tercer día.

III

El primer día: vida

Transcurría el año 28, o tal vez el final del 27 (“El decimoquinto año del emperador Tiberio”), de la que en referencia a Jesús suele nombrarse *era cristiana*. Tenía alrededor de 33 años. Hablaba arameo; con alguna dificultad leía y escribía hebreo, lo hablaba algo mejor; entendía un poco de griego koiné. No era casado entonces, ni lo fue después...

Aquel día, Jesús despertó antes del alba lleno de alegría y entusiasmo. Como tantas otras veces, contempló maravillado el espectáculo del firmamento estrellado y, como siempre, aunque quizá entonces con mayor intensidad, experimentó la paz, el misterio y la profundidad que tal contemplación le infundían. Poco a poco fue presenciando cómo la noche cedía ante la fuerza del amanecer y cómo se transformaba, primero en sombras y luego en luz que parecía renovar la vida en todas partes. Con ternura y compasión infinitas, observó a quienes dormían a su alrededor, en particular a los que tendían a resultarle desagradables. Se encontraba en una especie de precario campamento en el desierto de Judea, en la cercanía del río Jordán.

Llevaba ya algún tiempo incorporado al grupo de personas que tenían por profeta a Juan (*Yohanan*), que después llegaría a ser conocido como “el bautista”, y que lo seguían ávidos de escuchar sus predicaciones y de obtener el alivio que parecía acompañar la conversión en el Espíritu que proponía y la esperanza que infundía con su anuncio de la inminencia de un *Reinado de Dios*. Así como Daniel había leído las escrituras y se había esforzado en comprender el significado de la reiterada profecía de Jeremías sobre los setenta años de duración del cautiverio en Babilonia, Juan se había esforzado por comprender

el significado de la profecía hecha a Daniel por el ángel Gabriel en relación con el período de las setenta semanas de años y al “santo de los santos”, que habría de ser matado sin culpa. Movido por el Espíritu, y apartándose de la interpretación más común (que mantiene vigencia aún en nuestros días), en el sentido de que el período concluía con la muerte de Antíoco IV (Epifanes) y de que “el santo de los santos” era Judas Macabeo, Juan emprendió unos cálculos distintos de los acostumbrados, según los cuales en *su tiempo* había concluido el período conformado por las siete primeras semanas y las sesenta y dos subsecuentes señaladas por el ángel Gabriel, de manera que era inminente la aparición del Mesías, “el santo de los santos” (que habría de ser matado sin culpa), y el inicio del *Reinado de Dios*. Recordó lo escrito en el libro del profeta Isaías sobre la voz que habría de clamar en el desierto que era menester preparar el camino del Señor. Asoció una cosa con la otra y supo que a él se refería el texto de Isaías, que era él quien había que hacer el anuncio en el desierto. Juan sabía, entonces, que se avecinaba el *Reinado de Dios*, pero no sabía a ciencia cierta en que consistiría. Sí sabía que estaba próximo el acontecimiento cumbre de la historia de su pueblo y, por ende, del universo todo.

Al haber visto Jesús bautizar en el Jordán a convertidos en el Espíritu por Juan, se sintió llamado en ese día a ser también bautizado. En el momento en el que emergió de las aguas, tomó conciencia de que *en Él* se cumplía, en plenitud, la primera y la más importante de las prescripciones de la ley, “Amarás a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza”; no era tanto que Él la cumpliera, como que en Él se cumplía. Comprendió (con una inmediatez tal que era identidad pura) en qué consistía el *Reinado de Dios*, anunciado por Juan. Supo con la más absoluta certeza...

Sabías de lo que hablabas
cuando dijiste aquello
de la renuncia a uno mismo
Fue el día de tu bautismo
cuando por vez primera
alcanzaste la otra orilla
y supiste que eras
el Hijo de Dios
y que nosotros también
aunque no lo supiéramos
(de ahí tu singularidad)

Y, ¿qué de los otros?
 los incontables otros
 de todos los ayeres
 y de todos los *allies*
 que también cruzaron

Tú, ¿uno más entre ellos?
 (¿el nuestro entre ellos?)

No precisamente
 lo de la renuncia fue en serio
 renuncia con efectos
 renuncia a ese uno mismo
 (a ése que dice yo)
 perderse a uno mismo
 (a ése que dice yo)
 a favor del Sí-mismo
 que sólo dice tú (yo)
 uno y el mismo
 en ti y en ellos
 y, sí
 también en nosotros
 aunque desconocido

Porque sí
 cada uno de nosotros
 puede decir como ya dijo uno
 Tú más cerca de mí
 que yo mismo

Insensatez en la insensatez
 pretendemos hablar
 de lo que no se puede hablar
 (El *Tao* que puede ser dicho
 no es el verdadero *Tao*)

Y, sí
 lo que hablemos
 en el hablar siempre queda
 no hay exterior

Imposible saber
 en cuántas otras ocasiones
 volvió a ocurrir
 sabemos de una
 la conocemos como *transfiguración*
 (hubo testigos)

Después del bautismo
 te retiraste al desierto
 para discernir
 a qué estabas llamado
 Volviste anunciando
 lo que habías vivido
 lo que ya sabías
 y que no podía decirse
 lo nombraste, siguiendo a Juan
Reinado de Dios
 pero con un significado
 más que algo distinto

Estableció su base de operaciones en Cafarnaúm (*Kfar Nahum*) a la orilla del Mar de Galilea (*Yam Kinneret*) y, en la compañía de sus primeros seguidores, pescadores galileos que con él habían sido discípulos del Bautista, comenzó a anunciar, como antes lo había hecho su maestro, un nuevo tiempo: el del *Reinado de Dios*. Pero lo que enseñó sobre ese nuevo tiempo, aunque provenía en su esquema básico de la predicación de Juan, se originaba en sus contenidos más profundos en lo ocurrido el día de su bautismo y en sus posteriores meditaciones y experiencias en el desierto. El nuevo tiempo, el *Reinado de Dios*, era algo por venir que, sin embargo, ya estaba allí *entre* quienes le escuchaban y *en* ellos, y todos podían tener acceso a él, a condición de experimentar una conversión radical...

Proclamaste al *Reinado de Dios*
 como el bien supremo
 si se lograba
 nada más importaba
 si no se lograba
 nada más importaba

Realizó innumerables acciones en bien de personas concretas que causaron gran asombro y que más tarde fueron tenidas por prodigiosas. Un día acudió con su madre a una boda. Cuando la fiesta se encontraba en su apogeo y todo era alegría y gozo, comenzó a escasear el vino. Los organizadores del festejo (y su madre) le solicitaron angustiados que los ayudara a resolver el problema. Vio unas grandes tinajas de barro resguardadas en la sombra en un patio y preguntó que qué era lo que contenían. Le respondieron que agua fresca. Pidió que sirvieran algunas copas y que las llevaran en una charola al sitio en el que se desarrollaba la fiesta. Al llegar ahí, tomó una de ellas, dijo en alta voz “en estas circunstancias de calor y sed, éste es sin duda el mejor vino” y con evidente satisfacción bebió su contenido. Dirigiéndose al novio le preguntó que si no brindaría con él con ése, “el mejor vino para el momento”; el novio así lo hizo con alivio y satisfacción. Unos minutos después, todos los asistentes a la fiesta bebían y brindaban con “el mejor vino”. Al cabo de un tiempo, los criados de uno de los invitados trajeron de su casa dos barricas de vino y algunos de los comensales bebieron de él; después se dijo, sin embargo, que el mejor momento de la fiesta, el de mayor alegría y fraternidad, había sido aquél en el que se bebió “el mejor vino”.

A un ciego de nacimiento que le suplicó que le diera la vista *le hizo ver* cuál era el sentido de su existencia y en qué consistía la buena vida. El ciego manifestó a los que se encontraban en el lugar: “Veo en verdad y veo como nunca nadie vio jamás y lo que nunca nadie vio jamás. Creía que el Maestro me haría ver, pero nunca imaginé de qué manera”. En otra ocasión, le llevaron un paralítico, el cual le pidió que le devolviera la capacidad de movimiento. “¿A dónde quisieras ir si pudieras moverte?”, le preguntó Jesús. “A la orilla del mar que puede verse hacia allá”, le respondió el paralítico. “Irás ahora mismo allí –le dijo Jesús– y podrás ir después a donde quieras. Créelo”. “Lo creo”, dijo el paralítico. Enseguida preguntó cómo había llegado éste al lugar en el que se hallaban. Le respondieron que lo habían traído cargando un hermano y dos amigos, y éstos se presentaron ante él. “Si lo han cargado desde su aldea hasta acá, podrán cargarlo sin dificultad hasta la orilla del mar; háganlo si quieren su bien y el de ustedes mismos”. Ellos lo hicieron y luego lo regresaron. Jesús se dirigió al paralítico y le dijo: “Podrás ir siempre a donde quieras porque siempre habrá quien esté dispuesto a cargarte si lo pides con humildad, sencillez y confianza. No eres diferente a los demás; todos nos necesitamos unos a otros: nadie puede vivir por sí solo. Tú también deberás cargar de otras maneras a muchos que lo requieran”.

Cierto día de primavera, se congregó hacia el fin de la mañana una multitud considerable en un prado cubierto de verde hierba para escucharle. En esa ocasión, después de haber predicado por algún tiempo sobre el

Reinado de Dios, respondió todas las preguntas que quisieron formularle quienes habían acudido al lugar, de manera que era ya cerca de media tarde cuando ya nadie tenía nada que preguntar. Eran muchos los que habían venido desde sitios relativamente alejados para escucharle, de tal suerte que habían caminado desde antes del amanecer y no habían comido nada en todo el día. Era entonces probable que muchos desfallecieran en el camino si intentaban regresar a sus casas en esas condiciones. Dispuso entonces Jesús que todos se sentaran en la hierba para comer antes de partir. Sus discípulos más allegados se apresuraron a advertirle que no había alimentos en ese lugar ni modo alguno de obtenerlos, pero él les respondió que no se preocuparan, que sí habría manera de que todos comieran antes de partir. No convenció a los discípulos, quienes le llevaron a un muchacho que tenía cinco panes grandes y dos pescados secos, y le dijeron que al parecer ésa era toda la comida disponible. Jesús preguntó al muchacho si estaba dispuesto a compartir lo que traía, a lo que éste respondió que sí. Dijo a los congregados: “¿Creen que Dios nuestro padre nos hará encontrar la manera en la que resolvamos nuestras dificultades si se lo pedimos con fe?” “Sí lo creemos”, respondieron. Bendijo los alimentos y dio gracias a Dios por ellos y preguntó luego a uno que estaba cerca si tenía algo de comer; le respondió que no. Jesús partió uno de los panes le dio un pedazo y le dijo que lo compartiera con otro que tampoco hubiera traído algo para comer. Repitió esta operación dos o tres veces hasta que se encontró con alguien que sí había acudido provisto de alimento. Le pidió que lo compartiera con otro que nada tuviera. Entregó el último trozo del pan que había partido a una mujer que había acudido acompañada de un hijo adolescente. Después dijo en alta voz que todos aquéllos que tuvieran algo que comer lo compartieran con quienes tenían cerca. Entregó a unos de sus discípulos los cuatro panes que aún tenía y los dos pescados secos, y les encargó que los repartieran en pedazos entre los que nada tenían para comer con la indicación de que compartieran lo que se les entregaba. Uno que sí había traído algo de comer se le acercó y se lo ofreció; Jesús le agradeció su gesto y sólo tomó la mitad de lo ofrecido a fin de que ambos comieran. Transcurrida una media hora toda aquella multitud había comido. Pidió entonces Jesús que se juntara en unos canastos todo lo que había sobrado y se llenaron algunos. Jesús pidió que los verdaderamente pobres tomaran aquellos canastos y los llevaran a sus casas; pero nadie se consideró suficientemente pobre. Entonces Jesús llamó a algunos y les dijo que tomaran los canastos; todos los llamados insistieron en que había otros más merecedores de ellos y los señalaron. Jesús pidió a los señalados que tomaran los canastos y éstos lo hicieron así, agradecidos con él y con quienes habían renunciado a ellos en favor suyo. Fue así como comió una muchedumbre cuando sólo se

contaba con cinco panes y dos pescados secos. Pero más importante fue que todos los que participaron de esa comida vislumbraron un modo de vida distinto al acostumbrado.

En otra ocasión, al arribar a una aldea, Jesús y sus discípulos encontraron un ambiente generalizado de tristeza y desolación. Preguntaron qué ocurría y fueron informados de que el día anterior había fallecido el hijo único de una viuda enferma que quedaba así sin manera de vivir y de recibir los cuidados exigidos por su enfermedad. El muchacho fallecido había sido muy apreciado en esa comunidad por la calidad de la dedicación con la que cuidaba y atendía a su impedida madre. Conocedores de la fama de Jesús, los del lugar le pidieron que acudiera a la casa de la viuda y que hiciera lo que pudiera por ella. Algunos, sin embargo, juzgaban que ello no tenía caso alguno; decían: “podrá curar a cuantos quiera y dar de comer a todo el mundo, pero nadie jamás devolverá a una madre un hijo muerto”. Jesús escuchó esto pero no dijo nada hasta que arribó a la casa y estuvo frente a la viuda junto al hijo muerto. Ella se encontraba en un estado de desolación tal que parecía estar también muerta; ciertamente deseaba estarlo. Jesús le dijo: “Mujer, hay aquí quienes dicen que tu hijo no volverá jamás a vivir. Yo te digo que están equivocados; en el último día tu hijo despertará a la vida para no volver a morir nunca. Su morir ha sido un caer en un sueño profundo del que te aseguro despertará, como te lo he dicho. Mírame y cae en la cuenta de que es verdad lo que te digo”. La viuda lo miró y creyó. “Lo creo, maestro, de verdad lo creo, y veo que tú sabes que así es, y sabes también el consuelo que me procuras. Pero, ¿qué será ahora de mí sin mi hijo? ¿Quién me alimentará y cuidará en mi enfermedad?” Jesús le respondió: no te preocupes, de hoy en adelante tendrás, no uno, sino doce hijos que velarán por ti. Y dirigiéndose a un grupo de muchachos que mostraban evidente consternación preguntó: “¿Quiénes de ustedes se asumen a partir de hoy y para siempre como hijos de esta mujer en los términos del mandamiento que ordena honrar a los padres?” Diez de ellos, muy emocionados, juraron que serían a partir de ese día verdaderos hijos de la viuda. Jesús invitó a otros dos a que hicieran lo mismo y ellos de inmediato aceptaron. Más tarde algunos de sus discípulos le preguntaron por qué había insistido en que fueran doce los muchachos que se hicieran cargo de la viuda. Él les respondió que esos doce muchachos eran las doce tribus de Israel, que en la inmediatez del *Reinado de Dios* cada padre lo es de todos los hijos de Israel y cada hijo lo es de todos los padres de Israel. La mujer vivió varios años más y nunca careció de nada. Cuando finalmente murió, doce hijos encabezaron el cortejo.

Aún en vida de Jesús y mucho más después de su muerte los relatos de éstas y otras muchas acciones fueron modificándose de manera que a la

vuelta del tiempo se decía que había transformado el agua en un vino exquisito, que había dado el don de la vista al ciego de nacimiento, que había hecho caminar al paralítico, que había multiplicado cinco panes y dos pescados secos en alimentos suficientes como para dar de comer a una multitud y después de ello tener sobras para llenar varios canastos, y que había vuelto a la vida a uno o varios hijos de la viuda; de manera que en los relatos Jesús aparecía como una persona con poderes sobrenaturales al grado de poder volver a la vida a un muerto. Fue de esta manera como quedaron registradas por escrito estas acciones. A algunos que decían que recordaban lo realmente ocurrido o que lo habían escuchado de testigos presenciales y que intentaban corregir lo relatado, se les respondía a veces que en el fondo el asunto carecía de importancia, que la verdad de lo ocurrido ya era indeterminable. Que lo realmente importante era que para todo efecto *era como* si hubiera acontecido en los hechos lo que ya entonces se narraba, que lo que verdaderamente venía al caso era comunicar el poder que tenía Jesús para transformar lo malo en bueno, y que él insistía siempre en dos cosas: que el requisito para ello era tener fe y que esas transformaciones eran manifestación de la proximidad del *Reinado de Dios*.

Más tarde surgió una manera diferente de entender las cosas, exactamente la inversa de la anterior: se propuso que los hechos sí habían tenido lugar tal como habían quedado registrados por escrito y que la transformación de esos relatos en otros del tipo que aquí han sido presentados ocurrió mucho después de ello; que esta transformación partía del supuesto —del *prejuicio*— que hechos como los registrados no podían haber tenido lugar y que para explicar esos registros se había por lo tanto tenido que inventar la explicación de la transformación de los relatos de acciones no propiamente milagrosas en relatos de acciones milagrosas. Es así que aún en este tiempo hay quienes se preguntan: ¿se transformaron durante las décadas que van los años treinta a los setenta del siglo I los relatos de acciones no milagrosas en relatos de acciones milagrosas, o muchos siglos después se pretendió transformar los relatos de acciones milagrosas, que efectivamente tuvieron lugar, en versiones *secularizadas* y *desmitologizadas* que eran las únicas que entonces podían —y que ahora pueden— resultar comprensibles...?

En la población de Betania (próxima a Jerusalén), tenían su casa tres hermanos muy cercanos a Jesús: Lázaro (Eleazar), Marta y María. En una ocasión en la que se hospedaba en esa casa junto con algunos de sus discípulos, se encontraban con él Marta y María. En tanto que Marta trabajaba sin cesar en asuntos relativos al cuidado de la casa, María le escuchaba hablar sobre el *Reinado de Dios*. A Marta le pareció que era injusto que todo el trabajo recayera sobre ella. Fue donde se encontraban Jesús y María, y

le pidió a Jesús que le dijera a María que le ayudara en los quehaceres que aún quedaban por realizarse. Jesús le respondió: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas, y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena que no le será quitada”. “Tienes razón, Señor –respondió Marta–, me haces ver que en efecto me preocupo y me agito por tantas cosas, cuando sólo importa lo concerniente al *Reinado de Dios*. Debo ocuparme de lo que debo ocuparme (que es menos de lo que de ordinario supongo), mas procurar no preocuparme y agitarme por nada”. Dijo entonces Jesús: “Ahora mismo verás que en verdad es menos de lo que de ordinario supones; María y yo te ayudaremos a terminar lo que estabas haciendo y después de ello podremos conversar los tres. Sólo una cosa quiero aclararte: cuando he dicho que una sola cosa es importante, he hablado del *Reinado de Dios y de su justicia*”.

Cuando, poco tiempo después, concluyeron el trabajo que requería hacerse, Marta, sonriendo, dijo a Jesús: “Ahora ya no hay Marta y María, sino dos Marías bien dispuestas a escucharte”. Jesús rió de buen grado y respondió: “No, Marta, si al Padre le pareció bien crear una Marta y una María, no busques modificar sus designios; preferible es que te esfuerces por ser la mejor Marta que te sea posible”. Después de esto, la introdujo en la conversación que había estado sosteniendo con María con estas palabras: “María me preguntaba sobre el *Reinado de Dios* y yo le decía que lo que es no puede ser comprendido más por quien ha vivido en él; por eso he hablado en parábolas: para decir de alguna manera lo que no puede ser dicho. El *Reinado de Dios* está aquí; está tan próximo, tan inmediato, que es invisible. Muchos que me escuchan se lanzan en su búsqueda sin caer en la cuenta de que lo llevan consigo. Hay que buscarlo, pero se trata de una búsqueda distinta de todas las búsquedas: lo que hay que encontrar ya está siempre aquí. Hay que esforzarse, claro, pero hay que esforzarse en no esforzarse. Hay que trabajar, pero hay que trabajar en no hacer nada. Cuando nada hagas, nada pienses, nada busques, ahí te saldrá al encuentro el *Reinado de Dios*. Tú lo portas, Marta, como lo porta María y como lo porto y manifiesto yo. Marta y María: dos mujeres distintas y, sin embargo, en lo más profundo de cada una, la misma identidad, la de todos y la de todo, la mía. Pero la búsqueda tiene otro aspecto esencial, ya te lo decía antes: la de la *justicia* del *Reinado*”. “¿Cuál es esa justicia?”, preguntó Marta. “Que el otro sea primero, antes que tú”, respondió Jesús. “Y, ¿quién es ese otro? ¿Es mi prójimo, como en la parábola del buen samaritano?”, preguntó Marta. Ese otro por el que preguntas es ante todo, en efecto, tu prójimo, el necesitado que te sale al encuentro; pero en última instancia es cualquier otro y todos los otros”.

Clarito nos lo dijiste:
Una sola cosa es importante
buscar el *Reinado* de Dios
y su justicia
ser bautizado en el Jordán
transfigurarse en el Tabor
y privilegiar el interés del otro
—de cualquier otro, de todos los otros—
en relación con el propio

Exaltaste la pobreza
la renuncia a todo
aun a uno mismo
(sobre todo a uno mismo)
porque el reinado de uno mismo
excluye el *Reinado de Dios*
porque el vivir para sí
es morir
y el morir a sí
es vivir
vivir el *Reinado de Dios*

Predicaste el amor incondicionado
la fraternidad universal
el vivir en el presente
la humildad sencilla
la confianza en el Padre
a quien nombrabas *Abbá*
la pureza de intención
la oración silenciosa
en lo oscuro y solitario

También hablaste de lucha
de puertas angostas
y de puertas anchas
de caminos estrechos
y de amplias avenidas
de vida
y de muerte

y de juicio
de premio
y de castigo

Y es que había y hay
lucha entre
lo que ata y destruye
y lo que libera y realiza
entre el yo
y el Sí mismo
entre el yo insustancial
y el *Reinado de Dios*

Pero también y en definitiva
hablaste del Espíritu
de la irrebasable
misericordia de Dios
y del inevitable triunfo final
del bien sobre el mal
en todos y en todo

Acometiste la empresa
de convertir a tu pueblo
—a todo tu pueblo—
prosiguiendo una estrategia
de efecto multiplicador
que iniciaste en las aldeas de Galilea

Fracasaste

IV

El segundo día: muerte

Cambiaste de estrategia
resolviste trasladar tu acción
a Judea, al templo mismo
con pleno conocimiento
de que arriesgabas tu vida

de que con seguridad la perderías
pero de que en cualquier caso
tu Padre te sacaría adelante

Y arribaste a Jerusalén
y realizaste tu entrada triunfal
tu entrada mesiánica
(¿te aclamaron Rey entonces?)
y, al día siguiente
de alguna manera
te apoderaste del templo
hablaste de su destrucción
y se decidió tu suerte
se decidió tu muerte

¿Qué era lo que pretendías
con tus acciones y dichos?
Si el *Reinado de Dios*
(corazón de tu doctrina)
era una metáfora
de la experiencia mística
¿Qué era lo que pretendías?
¿El establecimiento simbólico
del Reinado de Dios?

De día entre las multitudes
enseñabas en el templo
de noche te refugiabas
con tus más allegados
uno de los cuales
te traicionó

Según el calendario lunar de vigencia entonces casi generalizada, Jesús murió el día 14 del mes judío de Nisán del año 30, un sexto día de la semana (viernes 7 de abril), el día de la preparación, es decir, el día anterior al de la pascua (15 de Nisán), fiesta que en ese año aconteció en sábado. Tenía entonces unos 35 años de edad. La noche del martes anterior, cuando ya se había iniciado el 12 de Nisán, según el calendario lunar, tuvo lugar una cena pascual (sin cordero sacrificado en el templo) organizada por Jesús para él y sus discípulos más cercanos (los doce). Esa noche era el comienzo del cuarto día

de la semana (miércoles 15 de Nisán), día de la pascua, según un calendario solar en que se basaba un antiguo calendario ritual sacerdotal seguido por la comunidad de Qumrán (según se señala en el *Libro de los jubileos*) en el que la pascua siempre era un miércoles. Tiempo después, debido a un traslado del día de la semana asignado al día de la preparación (“primer día de los ázimos”, 14 de Nisán) según el calendario solar (martes) al correspondiente en el lunar (jueves), comenzó a decirse que la cena había tenido lugar la noche del jueves, cuando ya se había iniciado el día 14 según el calendario lunar, siendo esta versión ahora la más difundida, aunque no siempre haya sido así. Durante esta cena tomó un trozo de pan, lo bendijo según la costumbre judía, lo repartió entre sus discípulos y les dijo que lo comieran, que era su propio cuerpo. Tomó también una copa de vino y, después de dar gracias a Dios según lo acostumbrado, la hizo circular entre sus discípulos con la indicación de que bebieran de ella, que era su sangre, que sería muy pronto derramada por la salvación de los hombres. Les instruyó, finalmente, a que en el futuro repitieran esas acciones en su memoria. Es así que Jesús celebró la pascua con sus discípulos más cercanos cuando correspondía según el antiguo calendario solar sacerdotal y fue muerto el día de la preparación de la pascua según el calendario lunar que tenía vigencia mucho más generalizada.

Después de la cena, se refugió en cierto lugar del Huerto de los Olivos donde fue aprehendido por miembros de la policía del templo y llevado en primer término ante Anás (*Annas*), que había sido sumo sacerdote (*Cohen Gadol*) muchos años atrás y era suegro del sumo sacerdote en turno, José Caifás (*Yosseph Caiaphas*), a quien lo envió Anás esa misma noche. Por la mañana del miércoles compareció Jesús ante el Sanedrín (*Sanhedrin*) en la sala de las piedras labradas (*Lishkat La-Gazit*) en las inmediaciones del templo. Había reunidos cerca de cuarenta de sus 71 miembros —el *quorum* para sesionar con validez era de 23— y, como estaba establecido, presidió la sesión el sumo sacerdote. Fueron presentados varios testigos que relataron dichos y hechos de Jesús en el templo en los días previos, en especial dichos *sobre* el templo, algunos relativos a su destrucción. No hubo, sin embargo, dos testimonios incriminatorios coincidentes, como exigía el Deuteronomio, para formular una condena. El sumo sacerdote decidió pasar a otro tema y preguntó directa y abiertamente a Jesús si se tenía por el Mesías y por Hijo de Dios. La respuesta afirmativa de Jesús pareció blasfemia a la concurrencia que la interpretó como la afirmación de un carácter divino. Ante ello, el Sanedrín resolvió que lo dicho por Jesús le hacía merecedor de la muerte. De conformidad con lo prescrito en la *Mishná*, se convocó a una segunda sesión del Sanedrín para la mañana del día siguiente, a efecto de que quienes hubieran estado por la condena tuvieran un día completo para recapacitar sobre su

parecer. Jesús permaneció preso bajo el control de las autoridades judías. La mañana del jueves volvió a reunirse el Sanedrín y el veredicto del día anterior fue confirmado: Jesús merecía morir por decirse igual a Dios.

Según las reglas impuestas por los romanos, en Judea el Sanedrín no podía dictar sentencias de muerte, ni mucho menos hacerlas cumplir. Esto estaba reservado en exclusiva al prefecto romano. Por este motivo las autoridades judías llevaron a Jesús ante Poncio Pilatos y le solicitaron que lo condenara a muerte e hiciera matar. La acusación de que Jesús se hacía pasar por el Mesías y por hijo de Dios fue despreciada por Pilatos, quien no encontró en ella nada contrario al derecho romano. Las autoridades judías formularon otras tres acusaciones a Jesús, las cuales sí resultaron pertinentes a Pilatos: a) había incitado al pueblo a sublevarse; b) había condenado el pago de impuestos a Roma; y c) se había proclamado rey de los judíos. La tercera acusación capturó de modo especial la atención de Pilatos, quien preguntó a Jesús en griego si se tenía por rey. Jesús respondió como pudo también en griego que sí, pero que su reino no era de este mundo. Esta respuesta no pareció a Pilatos constituir delito alguno. Las autoridades judías continuaban repitiendo sus acusaciones y añadieron que los delitos imputados habían sido cometidos por Jesús no sólo en Jerusalén en fechas recientes, sino mucho antes en Galilea de donde provenía. Al saber Pilatos que Jesús era Galileo, resolvió turnarle el caso a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, quien se encontraba en Jerusalén con motivo de la inminente pascua y que unos dos años antes había mandado decapitar a Juan el Bautista. Llevado ante Herodes, Jesús se negó a dirigirle la palabra y no respondió a una sola de sus preguntas. Herodes, profundamente intrigado por lo que sabía de Jesús y por la forma en la que éste se había comportado ante él, no quiso resolver nada en definitiva y prefirió remitirlo de nueva cuenta a Pilatos. Jesús permaneció preso de los romanos la noche del jueves al viernes.

El viernes temprano por la mañana se presentaron una vez más ante Pilatos las autoridades judías, acompañadas de cerca de ciento cincuenta habitantes de Jerusalén a los que habían solicitado su apoyo. Ninguno aceptó pisar el pretorio, ya que hacerlo les impediría celebrar la pascua esa noche en razón de impureza ritual, razón por la que Pilatos tuvo que salir de él en cada ocasión en la que quiso hablar con los judíos congregados. Pilatos, quien no encontraba causa para condenar a muerte a Jesús, pretendió salvarlo ofreciendo al pueblo la liberación de un prisionero (según una costumbre bastante difundida) y propuso dos candidatos: Jesús de Nazaret y Jesús Barrabas, “el hijo del maestro”. Contra su expectativa y deseo, la multitud, instigada por las autoridades judías, eligió a Barrabás. Pilatos llevó a cabo un último intento por salvar de la muerte a Jesús: lo mandó flagelar con la esperanza de que

este castigo –por lo demás preámbulo usual a la crucifixión– satisficiera las demandas de los judíos. No fue así: exhibido Jesús al pueblo después de la flagelación, los gritos que pedían su crucifixión eran más que los de antes. Dos razones se le esgrimían a Pilatos: la de la causa judía (se ha proclamado hijo de Dios) y la que resultaba relevante a Pilatos (se ha proclamado rey de los judíos). Pilatos regresó al pretorio con Jesús y le exhortó a que le dijera quién era en realidad. Ante el silencio de Jesús, Pilatos le preguntó con irritación: “¿No te das cuenta de que yo tengo el poder para salvarte o para condenarte?” Jesús le respondió que nadie tenía más poder que el que Dios haya querido que tuviera. Volvió Pilatos a enfrentar a Jesús con los judíos reunidos y con gran ironía les preguntó si de verdad querían que se crucificara a “su rey” (exhibido en la lastimosa condición en la que se encontraba), respondieron que no tenían más rey que César. Pero algunos añadieron algo más, que resultó decisivo: “Si no lo mandas crucificar es que no eres amigo de César; quien se proclama rey es enemigo de César”. Fue entonces cuando Pilatos se decidió a hacer crucificar a Jesús. Antes de condenarlo, sin embargo, se lavó las manos frente a la gente queriendo con ello manifestar simbólicamente que responsabilizaba a los acusadores de la muerte de Jesús.

Pilatos se sentó en el *litóstratos*, que era el sitio en el que dictaba las sentencias y, facultado para ello por el “derecho de espada” (*jus gladii*), sentenció a Jesús a morir crucificado: “Subirás a la cruz” (*Ibis in crucem*). En sentido estricto el delito por el que se dictaba esta sentencia era el de lesa majestad (*crimen laesae majestatis*, definido en la *lex Julia de majestate*). Era un poco antes de la media mañana.

Como se estilaba, se colocó en la cruz un letrero que proclamaba la causa de la condena: en latín, en griego y en arameo se leía “Jesús Nazoreo, rey de los judíos...”

Eras, como siempre fuiste
 pura fidelidad
 al Padre
 pura entrega
 Tú en la cruz
 y antes de ello
 dolor intolerable, sufrimiento anímico extremo, desolación,
 humillación, angustia...
 pero no desesperación
 no abandono

Elí, Elí, ¿lemá sabactani?
lo escucharon y dijeron
llama a Elías
estaban equivocados
lo leyeron después y dijeron
“se sintió abandonado por su Padre”
estaban equivocados
(no leyeron todo el salmo)

Abbá, baddaj efkid ruel
fue tu última palabra
luego eras muerto
y nosotros contigo
nosotros *en* ti
nosotros, Tú...
I N R I

La *Shoah*, los Dresdes y los Hamburgos, los Tokios, los Hiroshimas y los Nagasakis.

Armenia, Ruanda y los Balcanes. Biafra y Darfur. Los torturados (y los torturadores). Los huérfanos y los abandonados. Los padres despojados de sus hijos, los desesperados, los suicidas y sus familiares. Los quemados, los mutilados y los rotos. Los enfermos terminales y sus allegados. Los muy deprimidos, los muy ansiosos, los muy angustiados. Los miserables todos.

Los viudos y las viudas. Los encarcelados y los asesinados. Los forzados a vivir lo intolerable. Los humillados y los burlados, los condenados y los rechazados, los exiliados y los perdidos, los aterrados y los sicóticos, los náufragos y los ahogados.

Los solos, los incapaces y los neuróticos. Los secuestrados y sus familias. Los acosados y perseguidos. Las víctimas todas. Todo el sufrimiento de todos; también el de nosotros; también el de los animales todos.

¿De qué manera nos salvaste?
(¿De qué nos salvaste?)

Entre tu muerte (y tu resurrección)
y nuestra salvación
¿cuál es el nexo?
¿cuál la conexión?
(¿Para qué tu encarnación?)

Comencemos por lo último
 es lo más sencillo
 (los griegos lo respondieron):
 te hiciste humano
 para que nosotros
 los humanos
 nos hiciéramos...

¿De qué manera?
 Al responderlo respondemos
 a las otras preguntas
 ¿*Por qué* moriste como moriste?
 Por cumplir la voluntad del Padre
 que claramente intuiste

¿Intuiste también el *para qué*?
 Seguramente sí:
 quedó registrado
 que una noche enunciaste
 que como la serpiente en el desierto
 fue elevada por Moisés
 así serías elevado en la cruz
 para que todos los que en ti creyéramos
 vida eterna tuviéramos

Con tu muerte nos enseñaste
 el angosto camino
 de la renuncia y de la entrega
 y al así enseñárnoslo
 para nosotros lo abriste
 y tu resurrección nos mostró
 a dónde conduce

Por lo que a lo angosto del camino concierne
 y a lo estrecho de la puerta
 la verdad es que muy corto te quedaste
 –angostísimo y estrechísima son–
 por lo que habría que concluir
 que no son pocos los que se salvan
 sino poquísimos

Pero creemos comprender
el recurso pedagógico
(que, sin embargo, compromete)
porque, como Tú nos dijiste
para Dios no hay imposibles
y es así que sonreímos
cuando escuchamos *apokatastasis panton*

V

El tercer día: resurrección

...eras resucitado
y nosotros contigo
nosotros *en* ti
nosotros, Tú

“*En ti*”
resucitamos como cuerpo tuyo
resucitamos contigo
resucitamos en ti

En ti
por el Espíritu
al Padre
en ti
como cuerpo tuyo
incorporados a ti

Tu vida y tu muerte; la entrega
Tu resurrección: la realización
La nuestra (“en ti”): la salvación

De maneras que después
no acertaron a bien decir
te vivenciaron
y supieron
sin acabar de comprender

Pero Tú lo habías predicho:
 vendrá
 les hará recordar y les enseñará
 y vino
 y lo comprendieron todo
 sólo hasta entonces
 lo comprendieron todo
 lo que Tú comprendiste
 allá en el Jordán
 y así también otro
 en el camino a Damasco
 lugar no en Siria
 sino Khirbet Qumrán

La historia es cristificación
 al fin de ella
 abolida ella
 sólo Padre, Hijo y Espíritu
 como era al principio...

VI

La Historia: eucaristía

La historia es cristificación
 que culmina en resurrección
 que ya no es historia
 que ya no es tiempo
 que ya no es lugar
 Y, ¿qué de las víctimas de la historia?
 que aunque todo ya esté bien
 dejaron para siempre
 desnivelada la balanza
 a favor del mal
 a favor de la injusticia

El *Reinado de Dios*
 no sólo en el futuro
 no sólo ya ahora
 se propaga también al pasado

y lo transforma
no menos que eso
quiere decir
enjuagar toda lágrima

La historia es cristificación
la historia es eucaristía
aquel 14 de Nisán
y todas las eucaristías
uno y lo mismo
numéricamente

Todas las eucaristías
una y la misma

Ofertorio:
esperanza y súplica de cristificación

Consagración:
centro del tiempo y del espacio
cristificación cósmica

Comunión:
Tú, Cristo resucitado
nos haces uno contigo
con todos, vivos y muertos
y con todo

VII

Tenemos que decir que hay cosas de ti
que no nos acaban de gustar
(probablemente porque no las comprendemos)

Se trata, en general, de tus expresiones de ira
y en particular
de tu expulsión del templo de los mercaderes y cambistas
con toda su violencia
(¿Tú, violento?)

¿Cuándo sucedió?
¿Al principio de tu ministerio, como dice alguno?
(Ciertamente fuiste aprendiendo muchas cosas a lo largo del mismo)
¿A su término, como dicen otros?
(¿Sucedió?
¿Es sólo un dispositivo simbólico literario?
Pensamos que no)

En definitiva, no comprendemos
pero en ti creemos
en ti esperamos
y a ti
(queremos decirlo más que cualquier otra cosa)
te amamos
(No nos desprecies por nuestra soberbia)

